

LA CELEBRIDAD.

No sé como la filosofía materialista se explicará la constante propension de la especie humana á la inmortalidad; ese afán del hombre á perpetuarse, á sobrevivirse; porque no es el instinto de la conservacion lo que nos mueve; no es la posesion perpetua de esta vida mortal lo que realmente ambicionamos.

Por risueña que sea nuestra suerte, hay momentos muy frecuentes en que la vida nos causa un dolor indecible.

La inmortalidad dentro de estas ligaduras que nos sugetan á la tierra seria la desesperacion. De todos los tormentos que la imaginacion puede representarnos no hay ninguno semejante al de la eternidad sobre la tierra.

Ademàs, los héroes buscan la inmortalidad en la muerte; la mayor parte de los hombres extraordinarios, cuyo nombre, pasando de unas en otras, viven en la memoria de las generaciones, han obtenido el honor de la inmortalidad después de muertos.

Mientras el sepulcro no recoge sus despojos mortales, la fama no se atreve á dar á sus glorias una sancion perpetua.

El amor á la gloria no es en resúmen más que el horror á la muerte. Hay dentro de nosotros un afán oculto que nos impulsa á vivir fuera de nosotros mismos; algo que traspasando los límites de la materia y de la vida nos lanza á regiones desconocidas en busca de un tiempo sin medida y de espacios sin términos; movimiento íntimo de la parte mas noble de nuestro ser que interiormente nos agita, como si quisiera romper las ligaduras que le oprimen, y semejante al preso que mide impaciente la lóbrega estrechez de su calabozo, sondea al través de los hierros que le cierran el paso las luminosas profundidades del horizonte; ánsia inquieta de una vida inmensa, que no cabe dentro de los límites de la frágil vida en que se halla aprisionada; esencia misteriosa, que se exhala de nosotros mismos y que semejante á los perfumes mas puros, se escapa del vaso en que se halla contenida.

Sean las que quieran las felicidades humanas que cubran de flores el camino que andamos sobre la tierra, en el fondo de nuestra alma suena una voz recòndita que nos llama hácia otras felicidades desconocidas. Parece que vivimos bajo la doble accion de dos gravitaciones opuestas: mientras la materia de que se compone nuestro cuerpo siente la atraccion de la tierra, nuestro espíritu experimenta las atracciones del cielo. Esta doble ley que obra respectivamente sobre nuestro sér nos tiene como suspensos entre el cielo y la tierra, entre la necesidad de morir y el ánsia de sobrevivirnos, entre el cuerpo que se arrastra por las oscuras asperezas de la tierra y el espíritu que vuela por las luminosas inmensidades del espacio.

No hay ciencia que alcance á extinguir en el hombre el sentimiento que en él ejerce lo que puede llamarse la atraccion de la inmortalidad.

Cuando estudié Física aprendí que la inercia es la resistencia que los cuerpos oponen à cambiar de estado, y entonces comprendí que esa resistencia ciega é involuntaria de los cuerpos constituye la cualidad absoluta de la materia.

Sin necesidad de hacer grandes estudios, cada uno puede observar dentro de sí mismo las agitaciones de su espíritu; no le será difícil percibir la movilidad incansable de su entendimiento, la accion varia y continua de su memoria y la inconstancia de sus deseos, que es el desasosiego de la voluntad. Si es posible establecer alguna comparacion entre el espíritu y la materia, me atreveré à decir que la inquietud de nuestra alma se parece á la agitación de los cuerpos que se hallan fuera de su centro.

Tal es la inquietud que agita el oceano de nuestro espíritu estrechamente contenido en el fragil vaso de la vida mortal; tal es el ánsia que impulsa al hombre à perpetuarse, à sobrevivirse; tal es el afán que enciende en su alma el deseo de immortalizarse. ¿Llamaremos á este secreto impulso, á este universal sentimiento que da vida á nuestros pensamientos y á nuestras acciones, instinto de conservacion.? No; si es instinto, es mas bien el instinto de la eternidad.

En las naturalezas superiores produce las grandes hazañas, las grandes virtudes, las grandes obras de la ciencia y del arte; en las naturalezas corrompidas y depravadas, los mas grandes crímenes, en los entendimientos torcidos los mas grandes desatinos, y en el vulgo que prodigiosamente se estiende por todas las esferas de la especie humana, produce las más pueriles vanidades, las más mezquinas ambiciones, las envidias más peligrosas.

La celebridad es la satisfaccion á que todos aspiramos. Lo mismo la buscaba Alejandro al conquistar el Asia, que la pretendia Diógenes al rechazar la sombra de Alejandro.

Cada uno en su profesion, en su oficio, en sus aficiones, y en sus caprichos y hasta en su ignorancia, en sus vicios y en sus estravagancias hace esfuerzos por singularizarse, por distinguirse, por so-

bresalir sobre los hombres que lo rodean, esto es, sobre el nivel de la clase en que ha nacido; y he aquí el gérmen permanente de pasajeras aristocracias que brillan un momento y se disipan.

Donde quiera que se rinda el debido homenaje à la virtud, al valor y al talento habrá familias ilustres. Siempre que el hombre cuenta en el catálogo de sus antecesores la gloria de un santo, de un héroe ó de un genio, reclamará el honor de la descendencia, y quedará establecida en el sentimiento público la gerarquía de su sangre.

La verdadera aristocracia no es la que se otorga, sino la que se reconoce. La sangre azul no circula por las venas de los nobles por gracia, sino por derecho. Una familia que lleva en herencia el privilegio de un apellido glorioso es una especie de monumento vivo que perpetúa los ejemplos dignos de imitacion y de respeto.

Sin duda alguna al hombre debe considerársele como hijo de sus obras; pero me parece difícil poderle negar el derecho que tiene à ser hijo de su padre.

Como en nuestra época, más que en ninguna otra, se ha apropiado el dinero todas las virtudes y todos los mèritos, basta poseer un bolsillo medianamente ancho y un tanto hondo, para adquirir por mera compra ó por pura gracia un título nobiliario de marqués, de duque ó de conde; cuatro terrones escondidos en cualquier rincón de la tierra, ignorados de la geografía y desconocidos en la historia, sirven à un mercader afortunado, ó à un usurero inexorable, ó à un propietario oscuro para llegar à la *Excelencia* de título de Castilla y de grande de España. Se puede decir que ha brotado de la superficie misma de la tierra una verdadera plaga de Duques, de Condes y de Marqueses. Por lo que hace al ejército, no ha sido menos sobrio en este punto. Preciso es reconocer que si las hazañas militares se contarán por los títulos nobiliarios que han producido la serie no interrumpida de nuestros trastornos políticos, España sería à estas horas dueña de Europa.

No obstante, hay todavía quien busca en la vulgaridad de esos títulos una señal de distincion y un motivo de celebridad. Y he aquí como se equivocan las vanidades humanas: en vez de ocultar la insignificancia de la persona detrás del novísimo pergamino, el título es como una luz que descubre la humilde oscuridad del individuo. Esta aristocracia súbita, sin fundamento y sin historia es propia, característica de estos tiempos democráticos, porque es una aristocracia verdaderamente plebeya.

En nuestra época todos los accidentes de la vida tienen un mismo móvil y un mismo fin: la utilidad. Somos demasiado prácticos para amar la gloria por la gloria, y buscamos en ella la parte positiva. La fama es dinero, la celebridad es oro, y he ahí un motivo más, bien poderoso por cierto, para que busquemos con mayor empeño la ocasion de distinguirnos.

Una espada audaz, una lengua suelta y una pluma ágil son tres

medios admitidos de celebridad y de fortuna. El hombre que posee cualquiera de estos elementos puede abrir la tienda de su valor, de su elocuencia ó de su talento, pregonando su mérito.

«Tengo una espada—¿Quién la compra?

»Tengo una lengua—¿Quién la alquila?

«Tengo una pluma—¿Quién la paga?

He aquí tres celebridades: un general, un orador y un publicista, cuyos nombres van y vienen, suben y bajan, entran y salen, sonando en todos los resquicios de la publicidad. Ese es el Alejandro de nuestros días, el Demóstenes de nuestra época, el Licurgo de nuestro tiempo. Sin duda alguna su celebridad es demasiado pasajera, pero en cambio es escesivamente productiva. Son celebridades que la patria adquiere á peso de oro.

¿Creeis sinceramente en la impiedad de todos los que hacen alarde de ella? Veamos. Despojad à Voltaire de su aspecto impío, quitadle el escándalo de sus blasfemias y habreis disminuido en mucha parte el círculo de su celebridad. Cualesquiera que fuesen las cualidades de su talento, puede afirmarse que en el mundo es más conocido como impío que como literato. Su enemistad contra Dios y su odio à Jesucristo son ciertamente el principal fundamento de su fama. ¿Fué Voltaire impío por error ó por vanidad...? ¿Debemos creer, si es posible decirlo así, en la sinceridad de sus blasfemias...?

Nadie se atreverá à desconocer la celebridad que alcanzan hoy muchos hombres condenados por su propia insignificancia á oscuridad perpétua. Jamás habrían salido de las humildes regiones del vulgo, si la libertad concedida á la blasfemia no les abriera el camino de la gloria. Suprimid en ellos la celebridad de sus respectivas impiedades y quedarán sumergidos en el abismo del vulgo de los hombres.

Como se ve, la blasfemia es el camino donde únicamente encuentran celebridad las grandes ineptitudes.

Y realmente tratando de distinguirse, de separarse de la gran multitud de la especie humana, la impiedad es un medio seguro, porque el género humano no será jamás impío. Por otra parte, es muy difícil conquistar un puesto de honor entre los santos, entre los héroes, entre los sabios ó entre los genios, mientras que para aspirar al título de impío no se necesitan las virtudes de San Juan de la Cruz, ni el heroísmo de Guzman el Bueno, ni la sabiduría de D. Alfonso el Sabio, ni el genio de Cervantes, porque la impiedad es por sí misma la negacion de la virtud, de la ciencia, del heroísmo y del genio.

Más la celebridad es un eco que repite todos los ruidos, lo mismo los que causan admiracion que los que causan escándalo; es un cristal en el que lo mismo se refleja la luz que la sombra.

Hay en este siglo en que vivimos una inquietud tal, una inconstancia, una movilidad tan incansable, que imprime, lo mismo á las obras de nuestro entendimiento que á las obras de nuestras manos, el sello mortal de una vida fugitiva.

Grandes asambleas de legisladores se reúnen todos los años para

dictar leyes á los pueblos, leyes sin fuerza, sin vigor, sin vida, que al otro día de promulgadas están muertas. Esta tarea legislativa, asidua é interminable, no es tanto un vicio como una necesidad, porque las leyes de ayer están hoy en completo descrédito, y mañana á más tardar hay que sustituirlas con nuevas leyes que á su vez morirán al día siguiente. Es un edificio que siempre se está edificando, porque siempre está hundiendo.

En lo que va de siglo llevamos la friolera de ocho constituciones: la del año 12, el Estatuto, la del 37, la del 45, la del 55, el acta adicional, la del 69 y la que acaba de morir antes de haber nacido, como si al vislumbrar la vida se hubiera horrorizado de si misma. Si se restan los doce primeros años del siglo, los seis del 14 al 20 y los diez del 23 al 33, en que no funcionò el taller legislativo, saldremos á ocho constituciones en poco más de medio siglo. Es imposible encontrar en la historia de ningun pueblo parlamentario una esterilidad más fecunda. Y ¡oh verguenza! Todavía viven las *Leyes de Partida*.

Volvamos por un momento la vista á nuestra literatura, y encontraremos la misma fecundidad y la misma esterilidad. ¡Qué pocos monumentos literarios dejaremos á las edades futuras!

El estado no tenia en los siglos XVI y XVII pensiones establecidas para que los pintores pudieran, como ahora, estudiar en Paris y en Roma las bellezas del arte; ni habia como en nuestro siglo la emulacion de las Exposiciones ni el estímulo de los premios. Es verdad; pero bien: ¿donde está Velazquez? ¿donde está Murillo? ¿donde está Pantoja? ¿donde está Carducho? y viniendo hasta las mismas puertas de nuestra época pregunto de nuevo: ¿donde está Goya?

¡Nuestra arquitectura! ¿Con qué monumentos la vamos á atestiguar ante las edades futuras? ¿Con los palacios de carton de Recoletos? ¿Creeis de buena fé que la amanerada construccion del palacio del Congreso podrá sobrevivir á la magestuosa fábrica del palacio de los Reyes? El teatro Real que tanto enorgullece á Madrid ¿á qué humilde catedral quereis compararlo? Pocas, muy pocas de las construcciones modernas y de los monumentos artísticos que salen de nuestras manos alcanzarán los honores de la antigüedad. Preciso es decirlo, ni el circo de Rivas, ni el café de Fornos, ni la plaza de Toros, ni la estatua de Mendizabal serán eternos.

Nuestras telas, nuestros muebles y cuantos objetos proporciona la industria moderna á nuestra comodidad, á nuestra decencia y á nuestro lujo, participan de la misma futilidad. Carecen de aquella solidez, de aquel vigor, y si me es posible decirlo así, de aquella conciencia con que trabaja la industria antigua.

Esta misma fragilidad, esta misma falta de firmeza y de reposo la encontrareis de la misma manera en las ideas, en los sentimientos, en los caracteres y en las costumbres. Parece que atravesamos un periodo de interinidad, y nuestra ciencia y nuestra literatura, nues-

tro arte, nuestra industria, nuestra política y hasta nuestro lujo, todo es de *pacotilla*. En todo vamos á salir del dia, á salir del paso, y todo cuanto producimos lleva en sí condicion ninguna de estabilidad y grandeza.

Esta frivolidad inquieta y presuntuosa de nuestro espíritu explica las continuas inconstancias de la celebridad que concedemos. Nada hay mas pasajero, mas fugitivo que los honores que ella dispensa: con la misma facilidad que ensalza olvida, pasa repentinamente del asombro á la indiferencia; hoy arquea las cejas y mañana se encoje de hombros; inciensa un momento á sus idolos y en otro momento les vuelve la espalda. Por un torero deja á un ministro, por una bailarina á un sabio, por la fiesta de un banquero la fama de un héroe, por un dije un libro.

Necesita una novedad cada instante; no es posible detenerla un dia entero en ninguna parte.

Tal es en rápido bosquejo la celebridad á que en el siglo del vapor y de la chispa eléctrica pueden aspirar la virtud, la sabiduría, el valor y el genio.

¿Quién la desea?

Muchos.

¿Quien la alcanza?

Cualquiera.

¿Á quien inmortaliza?

Á nadie.

JOSÉ SELGAS.

A D. . . .

SONETO.

¿Dices que si la hermosa poesia
Es producto no más del fingimiento,
O es el sublime y celestial aliento
Que Dios al alma del poeta envia....?
¡Escepticismo helado! ¡Duda impía!
¿Es acaso ficcion el sentimiento
Dulcisimo de amor, que al vago viento
Hace al pájaro dar su melodia?

Amistad... fé... virtud... bondad... belleza...
Cuanto del vate el entusiasmo inspira,
¿Será solo ficcion? ¡Nó! á la grandeza
De su almo sér repugna la mentira,
Y ora exprese placer, ora tristeza,
¡Ecos son de verdad los de su lira!

ERMELINDA ORMAECHE Y BEGOÑA.

EL SUICIDIO.

SONETO.

Erizada la negra cabellera,
 La torva frente de sudor bañada,
 La mirada doquier vagando airada,
 Pálida la color como la cera,
 Secas las fáuces, la sonrisa fiera,
 Llorosa el alma, la conciencia helada,
 Se mira un hombre y á sus pies postrada
 La esperanza, vencida en lucha artera:
 Ya su angel bueno se remonta al cielo,
 Y su angel malo con astucia cuida
 Su crimen de envolver en blanco velo;
 Un grito se oye, que de muerte herida
 Da el alma condenada, y rueda al suelo
 El sangriento cadáver del suicida.

FELIPE PLÁ.

EL LLANTO.

No tengo noticia de ningun niño que al entrar en el mundo no viniera llorando. Si el recién nacido supiese hablar, estoy seguro que nos diría que su llanto es de pena al verse encerrado en esta cárcel, à quien sirven de murallas por arriba el cielo, por abajo la tierra y por todas partes la debilidad humana.

Del mismo modo, ya que no llora, se entristece el pajarillo, que perdiendo su libertad, se ve encerrado en una jaula.

Pero hay un bálsamo, que se llama el tiempo, más eficaz que todas las medicinas anunciadas en la cuarta plana de los periódicos. Su destino es cicatrizar las heridas del cuerpo y las del alma, y aplicado este bálsamo al pajarillo sin que él lo conozca, hàcele alegrarse y dar muestras con sus gorgeos de que no le es su prision insupportable.

Tambien el hombre, gracias al tiempo, olvida entre fugaces alegrías dolores eternos. Aunque el cielo de la vida se cubra de nu-

bes, siempre vemos el horizonte dorado por la luz de la esperanza.

Yo no recuerdo si lloré cuando vine al mundo; pero me parece que bien puedo asegurar que no entraría soltando carcajadas por las puertas de la vida. Sería un fenómeno curioso un niño que naciera con la risa en los labios.

La cuna, primer asilo del niño cuando llega à la vida, constrúyese en forma de barquilla, ya suspendida en dos ejes, ya redonda por abajo. Así los males y las penas mecen al niño que aun no las conoce. Pero dejad que suelte las mantillas que lo colocan en la categoría de fardo, y le vereis flotar sin ahogarse en las olas del llanto que se llaman vida. Es que, á fuerza de gastar el depósito de lágrimas que trajo á la tierra para su uso, llega á ponerse su corazón lo mismo que un corcho en lo seco é impermeable.

El hombre ha venido, pues, al mundo para llorar, como se han puesto en las calles para dar agua las fuentes de vecindad; el llanto es su estado habitual y la risa no es más que un breve paréntesis de las penas.

La idea de las fuentes vecinales me sugiere una pregunta: ¿el llanto viene del corazón ó de la cabeza? A primera vista nos encontramos que las lágrimas asoman por los ojos; pero también el agua de las fuentes sale por los grifos, y las cañerías que la conducen están tendidas por debajo del empedrado. Si sostenemos que el manantial de las lágrimas está en el corazón, nos contradicen todos los animales que tienen corazón y no tienen lágrimas, ó sería preciso convenir entonces en que los únicos seres de corazón son el hombre y el cocodrilo.

Yo creo, pues, que las lágrimas salen á los ojos por idéntico mecanismo que el agua á las fuentes de vecindad, ó la limonada gaseosa de las botellas: oprimiendo ese ramate del cuerpo humano que se llama cabeza, la presión se comunica al pecho, haciendo subir el llanto.

A la manera que por un convenio general celebramos como el *non plus ultra* de la armonía el canto del cisne, que no es más que un graznido semejante al del ganso, y llamamos azul del cielo á lo que ni es cielo ni es azul, así también tenemos por costumbre creer que el llanto es señal de debilidad.

«Los hombres no lloran, aunque se vean con las tripas en la mano.» Tal es la máxima que se repite à los niños desde antes que vayan à la escuela. Si se inculcara en la mente de las mujeres, calculen ustedes lo que sería el bello sexo. Entonces ni habría desmayos, ni males de nervios, ni otra porción de recursos femeniles, y despojadas las mujeres del llanto, ¿de que les servirán sus gracias, sus ojos, su hermosura? La mitad hermosa del género humano sin lágrimas sería un ejército sin artillería.

Oyóla el pajarillo enternecido
Y à la antigua prision volvió las alas
¡Que tanto puede una mujer que llora!

Así decía Lope de Vega, persona competente en tales asuntos.

Lo que no pinta el Fénix de los ingenios es la cara que puso Lucinda cuando el pajarillo pasó desde la jaula

Al libre viento en que vivir solia;

pero yo estoy seguro de que no volvió el avecilla á su cárcel porque Lucinda le pareciese más bella con la salsa de las lágrimas. La risa afea algunas veces, pero el llanto no embellece nunca.

Aquí está el problema. Una mujer enseñando los dientes se pone bonita; una mujer haciendo pucheros no, y sin embargo ésta no llega más al corazón que aquella ¿en qué consiste? En que el corazón es, salvo raras excepciones, de la misma materia que el azúcar y se deshace en el agua de los dolores propios y ajenos.

El llanto no es tan simpático como la risa. En cuanto vemos reír á uno soltamos la carcajada; pero no asoman las lágrimas á nuestros ojos al punto que las vemos en los ajenos; para reír no hay necesidad de pensar; para derramar lágrimas, ya lo dije antes: es preciso oprimir la esponja llamada corazón con el resorte que llaman cabeza.

Si no fuera por eso, el mundo no sería un valle de lágrimas, si no un mar de llanto en que nos ahogáramos, á ménos de convertirnos en peces. Y en este caso, como los peces no lloran, nos quedaríamos en seco, muriéndonos por falta de agua.

No incluyo sin embargo en esta regla general á las mujeres. Para ellas tan fácil es llorar como reír, y cuestión de coquetería el enseñar los dientes y el derramar lágrimas. Las mujeres lloran con solo ver á otra preparándose para hacerlo. Eso consiste en que su corazón está lleno de ternura, dirán sus admiradores. ¡Quia! Eso consiste en que á fuerza de acostumbrarse á llorar se les han aflojado los muelles del llanto. Así en el rostro del viejo marcan las arrugas la expresión constante que le dió toda la vida.

«En cojera de perro y lágrimas de mujer, no hay que creer,» dice un refrán castellano. Bien sé yo que á mis lectoras no les parecerá muy galante, pero no por eso, y aunque no lo confiesen, dejará de parecerles que es á menudo bastante exacto.

Amenazad á un perro con tirarle una piedra, y ántes que la arrojéis echará á correr encojiendo una pata y dando alaridos, ni más ni ménos que si hubiera recibido el cantazo. Que una mujer os conozca en la cara que teneis ánimo de negar lo que piensa pedir, y empezará á prepararos llorando. Ya se vé; ¿quién tiene corazón para hacer daño al pobre perro que se queja tanto con solo amenazarle? ¿Quién se atreve á mortificar con una negativa á la débil mujer, que ya padece con solo temerla?

El resultado es que el perro corre sin cojear, y la mujer convierte las lágrimas en carcajadas.

Las mujeres, dice un autor, cuyo nombre no hace al caso, las mujeres, para engañar mejor, lloran cuando más ganas tienen de reírse.

De este género, añade otro, son no pocas viudas, que, si lloran al difunto, es solo por enternecer á los vivos.

Declaro solemnemente que no son mias las anteriores máximas y si callo los nombres de sus autores es por no hacerles desmerecer en el aprecio del bello sexo.

No: yo respeto á la hermosa mitad del género humano; y la llamo *mitad* aunque pienso que fuera mejor llamarla las *tres cuartas partes*; yo aprecio las lágrimas en lo mucho que valen. No diré como otro autor, primo hermano de los anteriores, que en amor la primera lágrima es un diamante, la segunda una perla, y la tercera una lágrima. No; yo creo que en amor y fuera de amor, desde la primera hasta la última, las lágrimas siempre son lágrimas, es decir, algo que vale más que todos los tesoros del mundo. Porque los diamantes se pueden regalar sin sentir nada dentro del pecho, pero no es posible llorar sin sentir algo en el alma. Cuando á alguien se le regalan lágrimas es prueba de que, sea como sea, algun rinconcillo se le ha concedido en el corazon.

Para concluir: las lágrimas no siempre denotan dolor: tambien expresan el placer; cuando la alegría inunda el alma no sale á la boca en forma de risa, sino á los ojos en forma de llanto. Oid á Metastasio

Dunque si sfoga in pianto
Un cor d' affanni oppresso,
E spiega il pianto istesso
Quanto é contento un cor!
Chi puó sperar fra noi
Piacer che sia perfetto,
Se parla anche il diletto
Co' i segni del dolor?

Para el que no oiga bien el italiano lo traduciré diciendo; ¡pícaro mundo, y triste condicion humana, que no tienen más que un lenguaje para expresar sus penas y sus dolores!

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

A MI MADRE.

Dejadla; tiene razon:
Su pensamiento está fijo....
Madre que no llora á un hijo,
Tiene muerto el corazon.

¡Pobre muger! una á una
Va sin consuelo contando,
Las horas que van pasando
Sentada junto á la cuna:

Y cubren tintas estrañas
 Su rostro flaco y sombrío;
 Y ve cada vez mas frío
 Al hijo de sus entrañas.

¡Infeliz! con ansia loca
 Lo arrulla de vez en cuando;
 Quiere darle aliento blando
 Del aliento de su boca;

Quiere triste y afligida
 En tan supremos momentos,
 Darle vida, darle alientos
 Con pedazos de su vida.

Ella que le dió calor
 Y lo durmió en su regazo;
 Que le dió el primer abrazo
 Y el primer beso de amor.

La que con santo cariño
 Y afecciones verdaderas
 Pasó las noches enteras
 Velando el sueño del niño:

Ella, en fin, que le hizo un día,
 Entre gratas ilusiones,
 Decir tiernas oraciones
 Ante la Virgen Maria;

¿Como ha de tener valor
 Rota el alma en mil pedazos
 Para ver muerto en sus brazos
 El objeto de su amor?

¡Pobre madre! su quebranto
 Por momentos se agiganta,
 Y ruega á la Virgen Santa
 Por el hijo que ama tanto;

Y triste al par que sombría
 Llena de mística fé,
 Dice arrodillada al pié
 De la imagen de Maria:

—Pura y cándida Señora:
 Calma este dolor prolijo;

Tú sabes lo que es un hijo
Para una madre que llora.

Tú sabes lo que es tener
Joya de tanto valor;
Tú conoces el dolor
De quien la llega á perder.

Y si eres, madre querida,
Tan compasiva y clemente,
Que vuelves á ese inocente
A la aurora de su vida,

Yo te pondré sin cesar
Entre cánticos de amores,
Luces y cándidas flores
En las gradas de tu altar.

Yo al gozar de las dulzuras
Que suceden á las penas,
Cubriré con azucenas
Tus sagradas vestiduras:

Y en amante desvarío
Recordaré con fé pia,
Que sola tú, madre mia,
Salvastes al hijo mio.

¡Pobre mujer! no hay consuelo
Para su terrible suerte,
Que en la cuna está la muerte,
Y un ángel mas.... en el cielo.

Dejadla; tiene razon:
Su pensamiento está fijo.....
Madre que no llora á un hijo,
Tiene muerto el corazon.

J. RUIZ NORIEGA.

LA FE Y LA RAZON.

Cada siglo, cada época en la historia se haya marcada con un signo característico que le distingue de los demás.

En la edad antigua, la fuerza material predomina y vence lo mismo á los hombres que á los estados; en la edad media el sentimiento, la idealidad todo lo condensa y lo reasume; en la edad moderna tiende á predominar la más noble facultad del hombre, la que constituye, por decirlo así, su esencia, la que le distingue de los demás seres de la creación á despecho de filósofos insensatos; esta es la razón. Orgullosa el ser humano con prenda de tal valía, ha sojuzgado la naturaleza entera, ha dispuesto á su capricho de las leyes que rigen el mundo y ha reconquistado la corona de rey de la naturaleza que había perdido en el paraíso. Pero es ilimitado su dominio. Á través de los himnos de victoria con que la sabiduría humana celebra su triunfo, la voz siempre respetable de Pascal se eleva dominando al cántico de gloria para gritar á la humanidad: «El último paso de la razón es el conocer que hay una infinidad de cosas que la sobrepujan.» Entonces el hombre ha dirigido una mirada á su alrededor, ha visto que todo confirmaba la palabra del profundo filósofo y, no queriendo despertar de su sueño fascinador, en un momento de despecho ha negado cuanto no alcanzaba á ver. Tal es el camino seguido por el racionalismo del siglo XIX. ¡Desgraciada filosofía! No sabe que el misterio y lo incomprensible, semejante á la conciencia, no abandona al hombre á donde quiera que vaya, le hace oír su voz potente cuando se esfuerza en acallar su grito, le ilumina cuando inútilmente se empeña en cerrar los ojos. Mientras el secretario de tal filosofía marcha al Liceo ó á la Academia á protestar de lo incomprensible, se mueve en virtud de una fuerza cuya esencia desconoce; el pequeño grano de arena que huella en el camino con su planta, le grita levantándose en alas del torbellino, que no conoce su esencia; esa flor que se eleva para alfombrar su paso, desea le indique en virtud de qué ley una pequeña semilla que el viento arrastra, corrompiéndose en las entrañas de la tierra, deja nacer un tallo que asciende burlando la gravedad; y cómo la corrupción, símbolo de la muerte, ha producido la flor, emblema de la vida; y si huyendo de estas voces aparta su vista de la tierra, los soles que se mueven en concierto armonioso sobre su cabeza, le piden la explicación de la ley en virtud de la cual se atraen sin unirse, y siguen con entera libertad sus órbitas, sujetos á un decreto providencial que no les permite destruir el mundo confundándose. El hombre para acallar tantas voces ha

inventado nombres que oculten la pequeñez de su ciencia; esa es, dice, la fuerza motriz, la fuerza de coesion, la de atraccion, la vegetativa. Habeis creado nombres, ¿pero conoceis en qué consisten esas leyes, qué principios las rijen, en una palabra, cuál es su esencia? Cúbrase de rubor el racionalismo; eso no tiene más que un nombre, eso no tiene mas que una explicacion posible; se llama misterio y se explica diciendo que es incomprendible.

Hay pues una valla para la inteligencia como un límite para los mares; respetarla es cordura; querer traspasarla es inútil insensatez.

¿Pues qué dejan entonces vuestra filosofia à la razon? ¿Cuál es su objeto! «Tres mundos hay, contesta uno de los hombres que más han engrandecido à la razon: el mundo de los cuerpos, el mundo de los espíritus, y otro tercer mundo, que es Dios, y que es *sobrenatural* é infinito. La filosofia pertenece à el segundo, debe dominar el primero, y estar sometida à el tercero, no para anonadarse, sino para elevarse.»

Ved, pues, segun la expresion de Pascal, cuan dilatado es el campo que el Criador asigna à la razon. El mundo de los espíritus ha dominado al mundo de los cuerpos; por eso ha sojuzgado el hombre à la naturaleza entera, y avasallándola ha sabido sostener con dignidad su corona; pero à su vez queda sujeto à un mundo superior, y alucinado y queriendo romper su dependencia ha pretestado que este mundo se hallaba en flagrante contradiccion con el mundo de los espíritus; que la palabra de Dios habia contradicho la inteligencia del hombre; que no existia, en fin, la armonia necesaria entre la fé y la razon.

El mundo sobre natural, dice tan flamante filosofia, es superior à la humanidad, y ¿como quereis unirlos? la fé y la razon son de naturaleza distinta, sus tendencias son igualmente distintas, la razon ve lo que afirma, la fé por el contrario afirma lo que no ve, la razon es la intuicion, la fé es el misterio, el absurdo querer conciliar dos cosas que eternamente se rechazan.

Mas tal argumento tendria fuerza cuando la filosofia catòlica tendiese à unir confundiendo estas dos naturalezas; pero por el contrario, solo busca la armonia en la variedad. Distintos son los astros entre sí, sus órbitas son distintas, distintos sus fines; pero regidos por una misma mano omnipotente forman esa magnifica armonia que nos encanta y ante la que el astrónomo se siente arrebatado y confundido. Distintas son las cosas que existen sobre la tierra, y armonizadas por el supremo Hacedor constituyen al palacio que habitamos. Distintas por naturaleza son el cuerpo y el alma, y de su sublime comercio resulta la obra maestra de la creacion, el hombre. Y si existe la armonia en el mundo de la materia y en el mundo de los espíritus ¿por qué no ha de existir entre éste y el mundo de lo sobrenatural? ¿Acaso es más insuperable la valla que à estos separa, que la que divide el espíritu y la materia? Vea-se por consiguiente, qué filosofia es mas racional, si aquella que

de acuerdo con la naturaleza entera defiende la armonía entre la fé y la razon, ó aquella que la niega, dando un mentis al mundo entero que afirma su falsedad.

Pero aun hay más; examinad cómo procede el hombre en sus obras. El arquitecto inteligente al levantar un palacio, coordina maravillosamente sus partes, y cuando empieza á elevarlo, ya ha medido sus proporciones, ya ha puesto en relacion su altura con la profundidad y espesor de sus cimientos, y existe tal armonía en toda la obra, que la más pequeña falta desquiciará el edificio. El mecánico en su taller combina los engranajes, los movimientos y todos los accesorios de su máquina para que corresponda á los efectos que se propone obtener, de tal manera, que no haya una pieza inútil que pueda imposibilitar el movimiento. ¿Y solo Dios no había de poner en correspondencia las partes todas de su obra? ¿Y solo Dios habria hecho la inteligencia para que desquiciara la fé y á la fé para que imposibilitara los movimientos de la razon? ¿Sería Dios más invecil que el hombre y la obra más perfecta que su divino Hacedor?

La razon y la fé proceden de un mismo centro; la fuente de todo saber que es Dios da origen á ambas ¿como pues afirmar el desacuerdo entre ellas sin incurrir en insensatez? Queriendo pues, evitar lo incomprensible, el hombre cae en el absurdo.

Lo incomprensible en todo lo que miramos se burla de nuestras protestas; el misterio nos cerca por todas partes, lo que prueba que hay una esfera inaccesible á nuestra inteligencia. A través de los mundos que en el espacio se agitan, encuentra nuestra vista un limite más alla del cual no le es posible ver nada; y si entonces preguntamos si más alla de ese limite existen mundos ¿que hace vuestra filosofía? ¿Concibe la posibilidad de millones de mundos que no ve? Y por qué si hay algo más alla del limite puesto á vuestra vista no habeis de conceder también un más allá del limite de vuestra inteligencia? Si puede haber soles en el mundo físico cuya luz no llegue hasta vosotros por qué no admitir verdades en el orden moral inaccesibles á la razon? Y si Dios se digna comunicarlas al hombre ¿qué contradicción pueden envolver para nuestra inteligencia y donde encontráis su degradacion y la abdicacion, como vosotros llamais, de sus derechos? La razon es la vista del hombre que se estiende por anchos y dilatados horizontes, pero que á lo lejos, desvanecida solo vé la union aparente del cielo con la tierra, al fin de tan dilatado como confuso horizonte; la razon auxiliada con las alas de la fé, es el aguila que se eleva buscando su pedestal en la nube; que desde allí se fija sin que se deslumbre en el sol de la verdad; y si se dirige al mundo, distingue con admirable perspicacia los hondos y dilatados valles, domina y traspone las altas montañas para mirar hasta los últimos limites de los mares, y cuando llega al más lejano punto de los mundos, aun divisa espacios infinitos que puede con su atrevido vuelo sondear.

Tal es el destino de la razón aliada con la fé. Mientras el racionalismo condena á la primera á vivir como un triste cautivo, sin divisar nada más allá de las paredes de su calabozo, la filosofía católica poniendo en su mano la antorcha de la fé,—Marcha, le dice, á través de los espacios, sin temor de perderte en sus oscuras profundidades; rompe y traspasa, siguiéndolo el esplendor de la fé, las paredes de tu oscura prision, sé grande. más grande aun de lo que quiere el racionalismo que te enpequeñece, y realiza la magnífica expresión de un pensador ilustre, saliendo de tí para entrar en lo infinito de Dios.

J. M. CAMPOY.

UN SIMIL.

Vése natura alumbrada
 Por la luz del tibio albor,
 Y su dulce canto entona
 El parlero ruiseñor.
 El sol llena de luz clara
 Los ámbitos de la tierra,
 Y evapórase el rocío
 Que entre las flores se encierra.
 Suave brisa de la tarde
 Impele nubes graciosas,
 Y vuelan lasavecillas
 A sus nidos presurosas.
 Del mando el límite cubre
 Un manto fúnebre y denso,
 Y tras de sus pliegues sale
 Opaca luz en descenso. . .
 Así es la vida del hombre;
 Nace con alma gozosa,
 Y ante su vista aparece
 Todo de color de rosas.
 Crece después, y su mente
 Inundan vivos fulgores,
 Que le inducen á que vaya
 En pos de glorias y amores.
 Luego descende al ocaso
 De breve decrepitud,
 Donde el pasado recuerda
 De corrupcion ó virtud,
 Hasta que por fin dormido
 Encuentra tranquilidad,
 En esa noche callada
 Que se llama eternidad.

A. GARCIA VISO.